



5435

1107

La hija del regimiento



# LA HIJA DEL REGIMIENTO.

1860

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ADAPTADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA.

DE LA ÓPERA CÓMICA FRANCESA DEL MISMO TÍTULO,

POR

**DON EMILIO ALVAREZ.**

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA ZARZUELA la noche  
del 11 de Setiembre de 1860.

— 50502 —



MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ.

S. Vicente aita, 52.

1860.

**PERSONAGES.**  

---

**ACTORES.**  

---

MARÍA. . . . .	DOÑA TRINIDAD RAMOS.
MARQUESA. . . . .	DOÑA LUISA LESEM.
SULPICIO. . . . .	D. FRANCISCO SALAS.
ANTONIO. . . . .	D. JUAN SALCES.
EL CABO FRANZ. . . . .	D. FRANCISCO ARDERÍUS.
ORTENSIO. . . . .	D. JOSÉ ROCHEL.

Soldados.—Tiroleses.

  

---

La propiedad de esta zarzuela pertenece á D. Antonio Lamadrid, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

  

---

# ACTO PRIMERO.

---

Una campiña: á la derecha del actor, en primer término, una cabaña con puerta practicable; un banco de piedra al lado de la puerta: á la izquierda, en segundo término, la entrada de un pueblo ó aldea: una imagen de la Virgen sobre un poste de piedra: lontananza de montañas.

Al levantarse el telon, los tirolese se hallan en observacion sobre la montaña del fondo. Las mujeres arrodilladas ante la imagen de la Virgen. La Marquesa en un ángulo asistida por Ortensio.

---

## ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA.—ORTENSIO.—CORO.

### INTRODUCCION.

CORO.

Amigos, ¡ silencio !  
Firmeza y ardid;  
que ya el enemigo  
previene la lid.

---

¡ Virgen Sagrada,  
Madre adorada  
del Redentor !  
en riesgo tanto,  
nuestro quebranto  
calme tu amor.

---

**ORTENSIO.**

Alestad , noble Marquesa :  
desechad todo temor.

**MARQUESA.**

A tu lado, fiel amigo.  
se disipa mi temor.

**CORO.**

Amigos , ¡ silencio !  
Firmeza y ardid :  
que ya el enemigo  
previene la lid.

**UNO.**

Va se alejan por fin los enemigos :  
templad el noble ardor , bravos amigos.

**TODOS.**

¡ Albricias ! cantemos , — ¡ que viva el placer !  
Ya á salvo nos vemos , — no hay ya que temer.  
La paz venturosa — ahuyenta el dolor ,  
y el alma gozosa — se entrega al amor.

**HABLADO.**

**MARQUESA.** ¡ Ah ! venid , amigos míos ,  
amparadme !

**ORTENSIO.** No temais.

**MARQUESA.** No es el lance para menos :  
huyamos su arrojo... ay !  
los franceses son terribles !

**ORTENSIO.** No hay cuidado ; ya se van.

**MARQUESA.** Temo que esa retirada  
sea fingida.

**ORTENSIO.** No tal.

**MARQUESA.** ¡ Ay ! Por vos dejé mi casa ;  
vos me acompañásteis.

**ORTENSIO.** Ya !

Ejecuté vuestras órdenes.  
¿ Quién habia de pensar  
que esos malditos franceses  
cercaban en ademan





## ESCENA II.

ORTENSIO.

ORTENSIO. ¡Vaya un azar!  
 Yo, un antiguo mayordomo,  
 hallarme sin más ni más  
 en medio de los horrores  
 de una batalla... ¡voto á!...  
 Estoy tiritando... es claro...  
 el miedo... ¿quién dijo tal?  
 reconozcamos el campo.  
 Audacia... serenidad...  
 y al primer francés que encuentre...  
 (Tropezando con Sulpicio y retrocediendo.)  
 Perdon, señor oficial.

---

## ESCENA III.

SULPICIO.—ORTENSIO.

SULPICIO. Sargento.—¿Qué haces aquí?  
 ORTENSIO. (Me llama sargento. Ay!  
 Es gefe francés.)  
 SULPICIO. ¡Mil bombas!  
 ¿por qué tiembblas?  
 ORTENSIO. ¡Pss! Será...  
 Es el calor del país.  
 SULPICIO. ¡Buen país! No cria más  
 que cobardes.  
 ORTENSIO. Decís bien.  
 SULPICIO. ¿Eres de aquí?  
 ORTENSIO. No, en verdad.  
 Voy de paso, mi teniente.  
 SULPICIO. Sargento.—¿Y á dónde vas?  
 ORTENSIO. (¿Otra vez?) Voy con mi ama,

una gran señora.

SULPICIO. ¡Ya!

ORTENSIO. ¿Podrá seguir su viaje,  
ó acaso necesitais  
verla... hablarla...

SULPICIO. ¿Qué edad tiene?

ORTENSIO. Cincuenta años.

SULPICIO. Vaya en paz.

ORTENSIO. Muy bien.

SULPICIO. Si vives entre ellos,

y profesas amistad  
á estos tirolese, díles  
que no deben temer ya.  
Nuestra mision se reduce  
á defender y amparar  
al pacífico paisano  
que permanezca neutral,  
y á las mugeres bonitas.

ORTENSIO. Está bien, mi capitán.

SULPICIO. Sargento.—Los que rebeldes  
se atrevan á provocar  
nuestro enojo, ántes que unirse  
á la Baviera, podrán  
por medio conciliador  
unirse á la Francia.

ORTENSIO. ¡Ajá!

SULPICIO. Así lo reza el proclama.

¡Media vuelta! vete ya.

ORTENSIO. Al punto, mi coronel.

SULPICIO. ¿Eh? Sargento.—¿No te vas?

ORTENSIO. Al momento. (Qué humos gasta.)

(Mas por qué me llamará

sargento? ¡Altiva apostura! (Contemplando á Sulpicio, que pasea.)

¡Es pájaro gordo! ¡Bah!

(Este es lo menos...)

SULPICIO. ¿Qué haces?

ORTENSIO. A la orden, mi General. (Cuadrándose con aire militar.)

## ESCENA IV.

SULPICIO.

SULPICIO. ¡Eh! Sargento.—Por mi nombre, (Siguiéndole.)  
 que si es burla... ¡Voto á tal!  
 cuán corre! ¡Bravos pies tiene!  
 quién ha de alcanzarle ya!  
 ¡Bien huye! Este es tirolés.  
 ¡Buen encuentro! Vaya en paz.  
 ¿Qué veo? ¡María aquí!  
 Ella es, sí, no hay porte igual!  
 La gloria del regimiento!  
 ¡Mi María! ¡voto vá!  
 ¡Vaya un gentil continente!  
 Vaya una planta marcial!  
 Perla del quinto de línea,  
 ven.

## ESCENA V.

SULPICIO.—MARÍA.

MARÍA. (Cuadrándose.) Presente.

SULPICIO. Ven acá.

MARÍA. ¡Bravo! Te hallo contento.

SULPICIO. ¿No lo ves?

MARÍA. Enhorabuena.

Que jamás nuble la pena  
 el rostro de mi sargento.

SULPICIO. ¡Siempre alegre!

MARÍA. ¿Siempre? ... No.

Ayer... lo ocultaste en vano,  
 en tu bigotazo cano  
 una lágrima brilló.

SULPICIO. ¡Bah!

MARÍA. Yo lo ví.

SULPICIO. Cuando digo...

Sería la escarcha...

MARÍA. ¡Pues!

Escarcha... ¡en Julio! ¡Eso es!

sé reservado conmigo;

con tu hija. Vamos, dí:

dáme parte en tu tristeza.

SULPICIO. Ayer...

MARÍA. Ayer... con franqueza,

había tormenta aquí! (Poniendo una mano sobre su corazón.)

SULPICIO. ¡Sí! con dolores extraños

latió ayer mi corazón,

sintiendo igual opresión

que sintió hace quince años.

MARÍA. ¿Quince años?

SULPICIO. Nunca lo olvido.

Quince hace que allí,

en esas montañas, ví

mi regimiento perdido.

Más de cien bravos perdió

el quinto de línea! ¡Truenos!

Sucumbieron como buenos,

y está aquí quien los vengó.

De aquellos héroes, María,

dos conserva el regimiento,

no más. Yo... y tú.

MARÍA. (Cuadrándose.) Mi sargento,

estimo la cortesía.

SULPICIO. ¡Buen lance! como leones

combatimos aquel día!

Cuál la turba austriaca huía

ante nuestros batallones!

Salvando pertrechos mil

iba nuestro regimiento,

cuando templó su ardimiento

una súplica infantil:  
 y encontramos, yo el primero  
 la estreché á mi pecho ansioso,  
 una niña ¡Dios piadoso!  
 hermosa como un lucero!  
 Beséla con efusion,  
 y ella en caricias benditas  
 me tendia sus manitas  
 demandando proteccion!  
 Me besó... ¡por Belcebú!

MARÍA.

¡qué niña tan hechicera!  
 Y aquella niña ¿quién era?

SULPICIO.

¡Aquella niña eras tú!  
 Solo dos años tenias ;  
 y al ver con qué tierno afán,  
 con qué risueño ademan  
 nuestro amor agradecias,  
 á una voz el regimiento  
 hija suya te aclamó,  
 y como un padre te amó  
 desde aquel mismo momento...

MARÍA.

¡Mi buen padre! Yo le fio  
 que su hija le ha de honrar.  
 En todo sabré imitar  
 al valiente padre mio!

SULPICIO.

¡Bien por mi vida!

MARÍA.

¡Mi padre!  
 ¡El regimiento modelo!  
 ¡Amarle es mi único anhelo!  
 No hay placer que más me cuadre.

SULPICIO.

Bravo, muchacha! A su lado...  
 ¡Tú amas la guerra!

MARÍA.

¡Pues no!  
 ¿que si amo la guerra yo?  
 Como todo buen soldado.  
 ¡Guerra noble! la victoria  
 es el premio del valor.

¡Viva el militar ardor !  
 ¡No hay más bien ! ¡No hay mayor gloria !

### MUSICA.

MARÍA.

Inunda mi pecho  
 de bélico ardor  
 el fiero estampido  
 del bronceo cañon.  
 ¡Me exalta de ¡guerra!  
 el grito marcial!  
 ¡La guerra es mi anhelo .  
 la gloria mi afan !

SULPICIO.

Yo la he cuidado :  
 yo la he educado :  
 yo henchí su pecho  
 de noble ardor.  
 ¿Dónde hay belleza  
 con más pureza ?  
 ¿Dónde hay un porte  
 más superior ?

MARÍA.

Inunda mi pecho  
 de bélico ardor ,  
 el fiero estampido  
 del bronceo cañon.

SULPICIO.

Inunda su pecho  
 de bélico ardor ,  
 el fiero estampido  
 del bronceo cañon.

Á DOS.

Me } exalta de ¡ guerra !  
 La }  
 el grito marcial !  
 la guerra es  $\frac{\text{mi}}{\text{su}}$  } anhelo ,

la gloria  $\frac{\text{mi}}{\text{su}}$  } afan. .

SULPICIO.

Bendito el día,  
hija adorada,  
en que adoptada  
fuiste por mí.  
Tú desde niña  
fuiste ornamento  
del regimiento  
que adora en tí.

MARÍA.

Cada soldado,  
con fé constante,  
cual padre amante  
me acarició.  
Y regalada  
cuna tranquila,  
en su mochila,  
me improvisó.

Á DOS.

Y custodiada  
de tanto amor,  
 $\frac{\text{dormí}}{\text{durmió}}$  } arrullada  
por el tambor.

MARÍA.

Yo al padre mio (Abrazándole.)  
sé dar contento.  
Yo á mi sargento (Cuadrándose.)  
sé respetar.

SULPICIO.

¡Bien por mi nombre! (Contemplándola gozosa.)  
¡Bella figura!  
¡No vi apostura  
tan militar!

MARÍA.

Feliz y alegre  
en paz y en lid,  
á vuestro lado

siempre me ví.

SULPICIO.

A los heridos  
dando tu amor,  
y proclamando  
al vencedor.

MARÍA.

¿Quién desvanece  
vuestros pesares?  
¿quién os alegra  
con sus cantares?

SULPICIO.

Tu afán constante,  
niña gentil.  
Tu blando acento  
de querubín.

MARÍA.

A un grito unánime,  
mi regimiento,  
visto mi mérito  
y mi talento,  
su cantinera  
me proclamó.

SULPICIO.

Su cantinera  
te proclamó.

MARÍA.

Y yo en sus filas,  
bomba y metralla  
con faz serena  
supe arrostrar.  
Y el fin llegado  
de la batalla,  
yo vuestro sueño  
supe guardar.  
¡Soy de mi padre  
retrato fiel!  
¡Como él soy brava!

SULPICIO.

¡Más brava que él!



MARÍA.

¡Bella es la vida  
del militar!  
¡No hay mayor gloria!

SULPICIO.

¡No hay gloria igual!

Á DOS.

El regimiento, bravo sin par,  
quinto de línea, sabe triunfar.  
¡Plan . rantamplan! ¡Plan, rantamplan!

**HABLADO.**

SULPICIO. (¡Es hechicera!)

MARÍA. ¡Qué gozo!

¿Me amas?

SULPICIO. ¿Cómo no amarte?

MARÍA. Si me amas, toma parte  
en mi marcial alborozo.SULPICIO. Quién no adora ese gracejo,  
ese brio...

MARÍA. El tuyo es.

SULPICIO. ¿El mio? Me adulas.

MARÍA. Pues.

Vales tú mas...

SULPICIO. Ya soy viejo.

MARÍA. ¿Tú viejo? ¿Qué osas decir?

¡El valor nunca envejece!  
y esa planta... ¡si parece  
que empiezas ahora á vivir!

SULPICIO. Gracias. Tu padre, hija mia,  
se humilla á tus pies ufano;  
y eso que es un veterano  
de proverbial bizarría!

Mas te admira, y con razon.  
Tierna afeccion te ha jurado,  
y de soldado á soldado  
se trasmite esta afeccion.

Todos al verte pasar  
se cuadran con prontitud,  
gritando alegres; «¡Salud  
á nuestro ángel tutelar!»

MARÍA. Y yo, ántes que él se cuadre,  
cuando encontre un veterano,  
le tiendo ufana la mano,  
exclamando: «¡Este es mi padre!»

SULPICIO. Sí; sé nuestra hija, mas...  
yo espero... si Dios me auxilia...

MARÍA. Sois mi única familia.

SULPICIO. Tienes otra y la hallarás.

MARÍA. No es fácil.

SULPICIO. Vive tranquila.

MARÍA. ¿Hay prueba alguna?

SULPICIO. Sí á fé;  
La carta que en tí encontré,  
y que guardo en mi mochila,  
con mi celo...

MARÍA. Inútil celo:  
mi familia ha muerto.

SULPICIO. ¡Ba!

El porvenir te dirá  
si es inútil mi desvelo.  
En tanto alegre disfruta  
del presente en nuestra union.  
Y cuando en tu corazon  
siente plaza algun recluta,  
ántes que ascienda á marido  
formará tu padre en masa:  
si es tu voluntad, te casa,  
y es asunto concluido.

MARÍA. ¡Oh! ¿quién piensa en eso?

SULPICIO. Diablo!

Lo dices de una manera...

¿No amas?

MARÍA. ¡Sulpicio!

SULPICIO. Dios quiera...

MARÍA. Si te incomodas, no hablo.

SULPICIO. Habla: á todo me acomodo.  
¿Amas?

MARÍA. Si.

SULPICIO. ¿Y callaste así?

MARÍA. ¿Tú secretos para mí?  
Oyéme; lo sabrás todo.—  
Un día... mira qué loca!  
de vosotros me alejé,  
buscando flores, que hallé  
saltando de roca en roca.  
Va de vuelta, en la pendiente  
de una peña ví una flor,  
cuyo aroma embriagador  
embalsamaba el ambiente.  
Fuí á cogerla, y... ¡ay de mí!  
mi mano al tallo guié;  
pero resbaló mi pié,  
y lancé un grito... y caí!

SULPICIO. ¡Cielos!

MARÍA. Justo es que te asombre,  
que era horrible el precipicio.

SULPICIO. ¿Cómo caíste?

MARÍA. ¡Ay! ¡Sulpicio!

SULPICIO. ¿Dónde?

MARÍA. En los brazos de un hombre.

SULPICIO. ¡Cien truenos!

MARÍA. Oye.

SULPICIO. Eso es.

Una doncella jamás  
puede ni debe caer, más  
que en brazos de un padre.

MARÍA. Pues.

Con tan juicioso argumento,  
aun estaría volando  
por los aires, esperando

que llegára el regimiento.

SULPICIO. Tienes razon. ¿Y quién es?...  
¿quién es él?

MARÍA. Un jóven.

SULPICIO. ¡Ya!

MARÍA. Guapo, amable.

SULPICIO. Claro está.  
¿De qué pais?

MARÍA. Tirolés. *(Despues de un momento, con timidez.)*

SULPICIO. ¡Voto á brios! ¿Esas tenemos?  
¿Le amas?

MARÍA. Nos amamos.

SULPICIO. V...  
¿Os veis á menudo?

MARÍA. Sí.

Todos los dias nos vemos.

SULPICIO. ¡Malo! ¡Voto á cien legiones  
de diablos!

MARÍA. ¿Qué dices?

SULPICIO. Digo,  
que huyes al campo enemigo  
con armas y municiones.

MARÍA. No lo temas; le dí ayer  
mi despedida; ¡lloró!...  
mas dejarte es fuerza, y no  
nos volveremos á ver!

SULPICIO. Lo apruebo. Dar tu la mano  
á un quidam... ¡boda gentil!  
tú, la hija de tres mil  
héroes ¿unirte á un paisano?  
Tu belleza y tu talento  
merecen mejor partido;  
por lo tanto, tu marido  
ha de ser del regimiento.

MARÍA. Así será, lo he jurado.

SULPICIO. Bien. Mas ¿qué rumor? ¿Quién vá?

MARÍA. Son los camaradas.—¡Ah!

no digas...

SULPICIO. Pierde cuidado.  
 MARÍA. Pues á la órden. (saludo militar.)  
 SULPICIO. (Divina!)  
 Yo iré dándote convoy.  
 MARÍA. No, no: vuelvo pronto; voy  
 á levantar la cantina.

## ESCENA VI.

SULPICIO.

SULPICIO. ¡Se vá sin mí! me entristece  
 que esquive mi compañía,  
 que solo siento alegría  
 allí donde ella aparece.

## ESCENA VII.

SULPICIO.—ANTONIO.—FRANZ.—SOLDADOS.

FRANZ. Adelante. (Conduciendo á Antonio.)  
 SULPICIO. ¿Qué sucede?  
 FRANZ. Poca cosa, mi sargento.  
 SULPICIO. ¿Qué hombre es ese?  
 FRANZ. Os lo diré.  
 ¿Puedo hablar?  
 SULPICIO. Sí.  
 FRANZ. Pues empiezo.  
 Con la venia consabida  
 y el consiguiente respeto,  
 hago presente ante todos,  
 y á vista de mi primero,  
 que este hombre ha sido por mí  
 capturado, es decir, preso.

en ocasion que cruzaba  
 con sospechoso misterio  
 y ademan espiador  
 por el francés campamento.  
 Interrogado que fué,  
 declaró su nombre el reo.  
 Antonio se nombra, y es  
 tirolés en alma y cuerpo.  
 Ni se une á la Baviera  
 ni á Francia, por lo que pienso  
 que declarado rebelde  
 y espía sagaz y artero,  
 sin tregua ni apelacion,  
 reo convicto y confeso,  
 debe morir fusilado.  
 Á la órden, mi sarjento.

SULPICIO. Retiraos, cabo Franz.

Avance aquí el prisionero.

ANTONIO. Haceos atrás; yo iré. (Evitando á Franz.)

FRANZ. Anda, vergante.

SULPICIO. ¡Silencio.

Te acusan de espía.

ANTONIO. ¿A mí?

¿Espía yo? Otro objeto  
 me trae á vosotros.

SULPICIO. ¿Cuál?

ANTONIO. No lo diré.

FRANZ. Va lo creo.

Tú... (Avanzando.)

SULPICIO. Cabo Franz.

FRANZ. A la órden.

SULPICIO. ¿Qué haces aquí?

ANTONIO. Es mi secreto.

Si amedrentarme pensais  
 con la muerte, no la temo.  
 Por Dios que para obligarme  
 elegisteis malos medios:

que á la amenaza de muerte  
no cede mi altivo pecho.

SULPICIO. (Es un valiente!)

FRANZ. Un bribon!

SULPICIO. Cabo Franz.

FRANZ. (Retirándose.) Sí, mi primero.

SULPICIO. Habla, en fin: eres valiente,  
y no mando; te lo ruego.  
¿Qué haces aquí? Habla.

ANTONIO. No.

SULPICIO. ¿Qué buscas?

ANTONIO. Es mi secreto.

SULPICIO. ¿Insistes?

ANTONIO. Sí.

SULPICIO. Cabo Franz.

FRANZ. Presente.

SULPICIO. Llevad al preso.

FRANZ. Seguro va.

ANTONIO. Atrás he dicho.

SULPICIO. Aseguralle.

## ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—MARÍA.

MARÍA. Teneos!

TODOS. ¡María!

ANTONIO. (¡Es ella, qué hermosa!)

MARÍA. (Es él, Sulpicio!)

SULPICIO. (¿Quién?... ¡cielos!  
el hombre que amas?)

MARÍA. (¡Sí!)

SULPICIO. (¡Es valiente! Lo comprendo!)

MARÍA. (Me está mirando!)

ANTONIO. (Me mira!)

FRANZ. Con licencia, mi primero.

Puedo explicar á María  
lo ocurrido?

MARÍA. ¿Qué hay de nuevo,  
mi querido Franz?

FRANZ. (Querido!  
Me ama! no hay duda, ¡oh! contento!

ANTONIO. (¡Qué dicha!) (Mirando á María.)

SULPICIO. (Mirando á Antonio.) (¡Mozo envidiable!)

FRANZ. ¿Ves ese hombre? (A María por Antonio.)

MARÍA. ¡Ya le veo!

FRANZ. Es un espía; un traidor.

MARÍA. ¿Qué dices?

FRANZ. Que en el momento  
va á morir.

MARÍA. ¡El! ¡Morir él!

Jamás. La vida le debo...

Es mi salvador... Mirad...

Ante vosotros estrecho

su mano. Ya es vuestro amigo,  
yo respondo de él.

FRANZ. ¿Qué es esto?

Tú...

SULPICIO. Cabo Franz ..

FRANZ. A la órden.

SULPICIO. Ya eres amigo nuestro. (A Antonio.)  
Estrecha mi mano.

ANTONIO. Gracias.

SULPICIO. Imitadme, compañeros.  
Salvó á nuestra hija.

SOLDADOS. Bien.

SULPICIO. Ya es nuestro hermano.

FRANZ. Reuiego...

MARÍA. ¡Mi buen Sulpicio!

SULPICIO. ¡María!

FRANZ. Con licencia, mi primero.  
¿Podré yo estrechar su mano?

De amigo. (Tendiendo la mano á Antonio que se adelanta hasta él.)



ANTONIO.

De hermano.

FRANZ.

Bueno.

SULPICIO.

Ahora para celebrar  
tan grata ocasion , brindemos  
por la Baviera.

ANTONIO.

¡Jamás !

TODOS.

¿Qué dice?

MARÍA.

Oid, compañeros.

¡Por la Francia !

FRANZ.

Eso es mejor.

TODOS.

¡Viva la Francia !

SULPICIO.

Cantemos.

María, haznos escuchar  
la cancion del regimiento.

MARÍA.

Bien : ¡ por el quinto de linea !

Oid, escuchad, que ya empiezo.

---

### MUSICA.

MARÍA.

¡ Noble y apuesto , bravo y leal .  
mi regimiento no tiene igual !  
Cuando las mira galanteador .  
cien hermosuras penan de amor .  
Cuando animoso parte á la lid ,  
al ver su porte fascinador ,  
todos le aclaman con frenesi .

¡ Héle aquí !

¡ No hay regimiento que brille así !

---

De estos soldados visto el valor ,  
ha decretado mi emperador ;  
que aquel que muestre valor igual .  
sea nombrado gran mariscal .  
Gloria á los bravos del regimiento  
cuyo invencible noble ardimiento  
el mundo aclama con frenesi .

¡ Héle aquí !

¡ No hay regimiento que brille así !

(Óyese un redoble de tambor.)

SULPICIO.

La fiesta ha terminado :  
el eco del tambor llama al soldado :  
Respeto á la ordenanza :

ANTONIO. (Adelantándose.)

Yo el primero.

SULPICIO.

Aléjate de aquí.

MARÍA. (Interponiéndose.)

Es prisionero.

Fiadle á vuestra hija ; con él vamos :  
mi lealtad le fia.

SULPICIO.

(Mal haces , hija mía.)

Partamos.

MARIA Y TODOS. (Con gozo.)

¡ Ah !

TODOS.

Partamos.

CORO.

Va del tambor nos llama  
el claro redoblar,  
que el corazon inflama  
del bravo militar.  
Con ánimo esforzado  
tornemos á vencer.  
La vida del soldado  
es vida de placer.

FIN DEL PRIMER ACTO.

# ACTO SEGUNDO.

---

Paisaje montañoso.

## ESCENA PRIMERA.

EL CABO FRANZ.—SOLDADOS.

FRANZ.      Dos números : uno... dos...  
Bien ; vigilad esta parte.  
Si dais con el fugitivo,  
detenedle á todo trance.  
Si intenta huir , fuego en él !  
Y nosotros adelante ;  
el terreno es montañoso :  
creo que en este paraje  
se oculta ; nuestro será.  
Toda su astúcia es en valde ;  
le persigue el cabo Franz ,  
y es difícil que se escape.  
En marcha pues ; ¡ firmes !

---

## ESCENA II.

LOS MISMOS y MARÍA.

MARÍA. Franz.  
 FRANZ. ¡Mi María!  
 MARÍA. Dios te guarde.  
 FRANZ. ¿A dónde vas por aquí?  
 MARÍA. Siguiéndote voy.  
 FRANZ. Me place.  
 ¿Con que me sigues?  
 MARÍA. Te sigo.  
 FRANZ. (Me ama; seré galante.)  
 Bendita la voz que suena  
 en tu boca de jarabe.  
 La mirada que en tus ojos  
 para darme muerte nace;  
 la expresion de tu sonrisa,  
 la majestad de tu talle,  
 la intencion con que me buscas,  
 tu tino para encontrarme,  
 y la mano que me ofreces,  
 y los pies que aqui te traen...  
 MARÍA. ¡Jesús! Qué enfadoso estilo  
 de enamorar.  
 FRANZ. No te enfades.  
 MARÍA. No, amigo mio.  
 FRANZ. Es fogoso  
 y violento mi carácter,  
 y cuando digo, ¡allá voy!...  
 MARÍA. ¡Basta!  
 FRANZ. Es que...  
 MARÍA. Que te calles.  
 ¿Qué buscas en estos sitios?  
 ¿A quién persigues?  
 FRANZ. A nadie.

MARIA. Habla, Franz, di la verdad.

FRANZ. Pues bien; vamos al alcance  
del tirolés, de ese Antonio...  
se nos escapó el tunante,  
y por orden superior  
le persigo.

MARIA. ¿Y de qué nace  
esa orden?

FRANZ. De que ayer  
iba á morir, ya lo sabes,  
cuando llegaste afanosa  
hasta él, para salvarle.  
Luego, como era preciso,  
tuvieron los jefes parte  
de lo ocurrido, y llegó  
la orden de que quedase  
arrestado entre nosotros,  
con prohibicion de hablarte.  
Mi actividad le celaba;  
pero al fin logró burlarse  
de mi celo, y héme aquí  
decidido á todo trance  
á dar con él.

MARIA. Lo prohibo.  
El no pretende escaparse.

FRANZ. No; que ya escapó; nos teme.  
Espía es.

MARIA. Disparate.

FRANZ. ¿Por qué huyó?

MARIA. Porque me busca.

FRANZ. ¿A tí?

MARIA. Necesita hablarme.

FRANZ. ¿Para qué?

MARIA. Para que hablemos.

FRANZ. ¿De qué?

MARIA. De un asunto grave.

FRANZ. ¿Con qué interés?

- MARÍA. Con el de ambos.
- FRANZ. ¿Por qué así?
- MARÍA. Por que es mi amante.
- FRANZ. ¡Trueno de Dios! ¿Pues y yo?  
¿no me amas?
- MARÍA. Como á un padre.
- FRANZ. ¡Ya! como á un... ¡Por Dios vivo!  
Bueno: sabré resignarme:  
seré generoso.
- MARÍA. Gracias.
- FRANZ. Dominaré mi carácter  
impetuoso; ámale.  
Te permito que le ames.  
Renuncio á tu mano, porque...  
no lo tomes á desaire,  
ya no quiero ser tu esposo.  
Adios.
- MARÍA. (¡El se acerca!)
- FRANZ. (¡Calle!  
él es! Si ella no le amara...  
¡voto á!... ¡Miraré á otra parte!  
Hagamos la vista gorda.  
¡Tercien! ... arms! de frente... marchen.)

---

### ESCENA III.

MARIA.—ANTONIO.

- ANTONIO. ¿Estais sola?
- MARÍA. ¿No lo veis?
- ANTONIO. ¿Puedo llegar?
- MARÍA. Adelante.  
Necesito reprenderos.
- ANTONIO. ¡María!
- MARÍA. Sois muy culpable.
- ANTONIO. ¿De qué?

MARÍA.                               ¿Y lo preguntais?  
¡Pues! Para qué os escapásteis  
del arresto?

ANTONIO.                           Para hablaros.

MARÍA.                           Es que arriesgais...

ANTONIO.                               Que me maten.

Entre morir ó vivir  
lejos de vos, no es dudable  
la eleccion; sin vos, María,  
me es la vida insoportable.

MARÍA.                           ¡Oh! ¡ponderais!

ANTONIO.                               No.

MARÍA.                               Más calma.

Sed más juicioso.

ANTONIO.                               No es fácil:  
me ostigan; me precipitan,  
no hay uno que bien me trate.  
El tal Sulpicio... el sargento,  
con su áspero semblante  
me irrita. ¡Viejo más cocora!

MARÍA.                           Tratadle bien, que es mi padre.

ANTONIO.                           ¡Ah! ¿Es vuestro padre? Perdon.  
Le respetaré.

MARÍA.                               Amadle.

ANTONIO.                           Bien.—Lo que es el cabo Franz  
me la ha de pagar.

MARÍA.                               ¿Qué os hace?

ANTONIO.                           Que me insulta, me provoca.  
Es un ente insoportable.

MARÍA.                           Que es mi padre; hablad mejor.

ANTONIO.                           ¡Cómo! ¿Los teneis á pares?

MARÍA.                           Más aun.

ANTONIO.                               ¿Qué estais diciendo?

MARÍA.                           Muchos más.

ANTONIO.                               ¿Quereis burlarme?

MARÍA.                           Cada uno del regimiento  
mi padre se nombra.

- ANTONIO. ¡Diantre !  
 ¿Mas cuál lo es de cierto?
- MARÍA. Todos.
- ANTONIO. ¿Sois hija de tres mil padres?
- MARÍA. Igual ternura les debo.  
 Todos con celo entrañable  
 me cuidan; su hija adoptiva,  
 mi bien es su afán constante.
- ANTONIO. Ya comprendo; y siendo así,  
 preciso es que yo los ame:  
 los amaré; mas que no  
 me obliguen á separarme  
 de vos, que fuera mi muerte.
- MARÍA. ¿Por qué extremo semejante?
- ANTONIO. ¿No lo sabeis? Porque os amo.
- MARÍA. ¿Que vos me amais?
- ANTONIO. Como nadie.

### MUSICA.

- MARÍA.  
 ¿Quién lo acredita?
- ANTONIO.  
 Quien os adora.  
 Oid, María; juzgad ahora.
- MARÍA.  
 Decid; hablad,  
 y aclaremos la verdad.
- ANTONIO.  
 Mi pecho amante jamás olvida  
 el dulce instante que os dió la vida:  
 que vuestra imágen encantadora  
 quedó por siempre gravada en mí.
- MARÍA.  
 Poco abona esa memoria.  
 si es memoria nada más.
- ANTONIO.  
 Advertid que es el principio;  
 permitidme continuar.



MARÍA.

Decid ; hablad ,  
y aclaremos la verdad.

ANTONIO.

Sin pena dejo mi pátria hermosa ;  
de mis amigos la fé amorosa :  
por vos , María , lo arrostro todo :  
todo lo olvido por vuestro amor.

MARÍA.

Tan notable indiferencia  
yo no os debo perdonar.

ANTONIO.

Con fé constante do quier os sigo.  
de vos ausente no sé vivir ;  
y arrostro el fuego del enemigo .  
que á vuestro lado dulce es morir.

MARÍA.

¡ Desvarío ! ¡ Desvarío !

ANTONIO.

De vos ausente la muerte ansío.

MARÍA.

Si es vuestra vida el amor mio  
para él al menos debeis vivir.

ANTONIO.

Ansiano cuidadoso  
tan grata confesion ,  
palpita venturoso  
mi amante corazon.

MARÍA.

Ansiano cuidadoso  
tan grata confesion  
palpita venturoso  
mi amante corazon.

ANTONIO.

Ved cuánto os amo.

MARÍA.

Sea en buen hora.

ANTONIO.

¿ Y vos , María ?

MARÍA.

Juzgad ahora.

ANTONIO.

Decid ; hablad ,  
y aclaremos la verdad.

MARÍA.

Al ruego amante mostréme esquiva ,  
feliz amando la soledad ;  
mas hoy mi alma de amor cautiva  
soñó más grata felicidad.

ANTONIO.

Muy bien hablado.

MARÍA.

La guerra amé ,  
y á mi enemigo juré abatir...  
por uno tiemblo que amante hallé  
que cual yo siento , sabe sentir.

ANTONIO.

Muy bien sentido.

MARÍA.

Y desde el día horrendo .  
que fui vuelta á la vida ,  
el grato olor sintiendo  
de esta flor que regaba vuestro llanto...

ANTONIO.

¿ Y bien ?

MARÍA.

Desde ese instante ;  
emblema de amor santo ,  
no salió nunca de mi seno amante.

ANTONIO.

Ansiando cuidadoso  
tan grata confesion ,  
palpita venturoso  
mi amante corazon.

MARÍA.

Ansiado etc.

LOS DOS.

Guardar tu vida ansío

en éxtasis de amor.  
No alcanza el pecho mio  
felicidad mayor.

---

## ESCENA IV.

MARÍA.—ANTONIO.—SULPICIO.

### HABLADO.

SULPICIO. ¡Mil bombas! ¡Qué veo!

MARÍA. (¡Ah!

Sulpicio!)

SULPICIO. Largo de aquí!

ANTONIO. Una palabra.

SULPICIO. No vi

igual osadía.

ANTONIO. ¡Bah!

un beso en la mano... eso

no significa...

SULPICIO. ¡En mal hora!

Me vás tú á esplicar ahora

lo que significa un beso?

ANTONIO. Es mi esposa, no os asombre!

SULPICIO. ¿Tu esposa? ¡Rayo de Dios!

ANTONIO. Dichoso seré, si vos

consentís...

SULPICIO. ¡No, por mi nombre!

ANTONIO. ¡Oidme!

SULPICIO. Largo de aquí!

ANTONIO. ¡Escuchad, por Belcebú!

SULPICIO. ¡Y jura! ¿Su esposo tú!

¡No, mientras yo viva!

ANTONIO. Sí.

Aun habrá en el regimiento

quien oiga mi pretension ;  
que me sobra corazon  
para conseguir mi intento.

---

## ESCENA V.

MARÍA.—SULPICIO.

- SULPICIO. Vaya con mil diablos! Truenos!  
MARÍA. ¡Qué suavidad! ¡Qué dulzura!  
SULPICIO. ¿Me riñes? Crees por ventura  
que es el lance para menos.  
MARÍA. Ni para tanto.  
SULPICIO. Por Cristo!  
MARÍA. Una mano me pidió;  
se la dí: ni más habló...  
ni ha hecho más de lo que has visto.  
SULPICIO. ¿Pudo hacer más que besar?  
MARÍA. ¿Y un beso te altera así?  
Solo una mano le dí...  
SULPICIO. ¿Qué más le querias dar?  
Tu serenidad me espanta!  
me deja atónito, y  
me enfurece!  
MARÍA. En cambio á mí  
tu amabilidad me encanta.  
SULPICIO. No le volverás á ver.  
Espía ya declarado,  
hoy mismo será juzgado.  
MARÍA. ¡No será!  
SULPICIO. ¿Pues no ha de ser?  
Está en mi poder!  
MARÍA. No está!  
SULPICIO. Morirá!  
MARÍA. No!  
SULPICIO. Cien legiones

de demonios, si te opones,  
fusilado morirá!

MARÍA. Sulpicio!

SULPICIO. Nada tenemos  
que tratar ya entre los dos.  
Morirá! Trueno de Dios!

MARÍA. Rayo de Dios! lo veremos!

SULPICIO. ¿Qué has dicho?

MARÍA. Que libre soy.  
Que á nadie debo obediencia.  
Que huyo de vuestra presencia  
que tanto me ofende hoy!

SULPICIO. María.

MARÍA. Ya entre los dos  
nada hay que tratar.

SULPICIO. María!

MARÍA. Herísteis el alma mia!  
No sois nada mio! Adios!

SULPICIO. Bien; si alejarte deseas,  
adios! Pues que así lo quieres,  
ya que tan ingrata eres,  
vete ya... y dichosa seas!  
Ah! Mil afanes prolijos  
me has costado... mas qué importa?  
A la larga ó á la corta  
igual pago dais los hijos!  
Adios! (Mil bombas! Se vá!  
Me oprime el alma su accion!  
¿Qué es esto?—Lágrimas son!  
Por Cristo!—No las verá!)

MARÍA. (Llora!)

SULPICIO. (He de perder el juicio!  
Vamos! Ya se ha ido! Bueno.  
Ya estoy tranquilo... sereno.)  
Voto á mi nombre!

MARÍA. (Que ha seguido los movimientos de Sulpicio, llegando con precaucion hasta  
él y arrodillándose á sus piés.) ¡Sulpicio!

SULPICIO. ¿Eh?

MARÍA. Padre mio, perdon!

SULPICIO. No.

MARÍA. Por él á tus piés vengo.  
Perdona. No ves que tengo  
afligido el corazon!

SULPICIO. ¡Mil rayos! ¡Levanta!

MARÍA. Bien.

¿Perdonas?

SULPICIO. Perdono.

MARÍA. ¡Sí!

¡Qué ceño! una risa... ¡así!

¿Me das un abrazo?

SULPICIO. ¡Ven!

¡Sumisa vuelves!

MARÍA. ¿Lo extrañas?

Tienes razon... ¡no soy buena!

voto á... ¡Si vieras qué pena

siento cuando me regañas!

SULPICIO. ¡Eh! Pelillos á la mar.

MARÍA. ¿Pasó el enojo?

SULPICIO. Pasó.

MARÍA. Entonces... en marcha.

SULPICIO. No.

Vete; yo te iré á buscar.

MARÍA. ¿Te quedas?

SULPICIO. Tengo que hacer;  
pero solo, sin testigo.

Tengo que hablar á un amigo

que no tardará en volver.

De tí hablaremos los dos,

y si él trae honrados fines...

yo...

MARÍA. Lo que tú determines:  
tuyo es mi albedrío. Adios.

## ESCENA VI.

SULPICIO.

¡ Soy feliz ! ¡ lo que se llama  
feliz ! Lloro... ¡ soy un niño !  
Mas ¡ qué diablo ! ¡ su cariño  
me enorgullece ! ¡ Me inflama !  
Lo que ella ordene ha de ser,  
que es suya mi voluntad.  
Es una debilidad...  
pero qué le hemos de hacer ?  
¿ Qué es esto ? ¿ Hay tumulto ? ¡ Ah !  
es el relevo del puente.  
¡ Qué veo ! ¡ Bravo ! A su frente  
vuelve María. ¡ Voto á !...

---

## MUSICA.

CORO.

Rataplan , rataplan.  
Suene sin cesar  
el redoble del tambor :  
incentivo del valor  
y ventura singular ,  
halle el militar  
en su atronador  
claro redoblar.  
Rataplan , rataplan ,  
plan.

Viva el estrago de la batalla  
y la victoria y el noble ardor ;  
viva la muerte que el bravo halla  
de su bandera bajo el amor.

---

## ESCENA VII.

SULPICIO.—MARQUESA.—ORTENSIO.

MARQUESA. ¿Y dónde está ese oficial?

ORTENSIO. Mirad, señora, aquel es.

MARÍA. Llegad.

ORTENSIO. Señor comandante...

SULPICIO. ¡Vive el cielo! ¿Tú otra vez?

ORTENSIO. ¡Perdonad! No vengo solo.

SULPICIO. ¡Voto al diablo!

ORTENSIO. No jureis.

Mi señora la Marquesa  
desea hablaros.

SULPICIO. ¡Oh! ¡Bien!

Perdon, señora.

MARQUESA. ¡Es amable!

(¡Ay! ¿cómo no, si es francés?)

SULPICIO. ¿Me buscábais?

MARQUESA. Si, señor  
capitan.

SULPICIO. (¿Ésta también?

¿qué tendré yo de notable  
que así me hacen ascender?)

ORTENSIO. Mi señora...

SULPICIO. ¡Punto en boca!

Me teneis á vuestros pies.

MARQUESA. Gracias, señor capitan.

SULPICIO. (¡Dále!)

MARQUESA. Quisiera saber  
si puedo ya sin recelo  
seguir mi viaje.

SULPICIO. Sí á fé.

¿Vais lejos?

MARQUESA. A mi castillo,  
que acata sumiso y fiel



las órdenes de la Francia.  
Y ya que sois tan cortés,  
dadme una pequeña escolta,  
que hasta allí amparo me dé.

SULPICIO. ¿Hasta dónde?

MARQUESA. Hasta mi casa.

Desde estos montes se ven  
las almenas del castillo;  
las torres de Berkenfield.

SULPICIO. ¿De Berken?... ¿Cómo habeis dicho?

MARQUESA. De Berkenfield.

SULPICIO. ¿De Berken...?

¡Maldito nombre!

MARQUESA. ¿Qué escucho?

¿Maldecis mi nombre?

SULPICIO. ¡Eh!

¡Vuestro nombre! ¡Mala bomba! —

Perdonad.— ¡Voto á Luzbél!

MARQUESA. ¿Qué os sucede?

SULPICIO. Una palabra.

¿Tiene ese nombre que ver  
con el nombre de Roberto?

MARQUESA. ¿Cómo? Roberto. Pues qué,

¿le habeis conocido?

SULPICIO. No.

¿Y vos?

MARQUESA. ¡Ay! ¡Era francés!

SULPICIO. ¿Le habeis conocido?

MARQUESA. ¡Ay! ¡Mucho! —

Es decir... yo no.

SULPICIO. ¿Pues quién?

MARQUESA. (¡Oh rubor!) Otra persona...

SULPICIO. ¿De vuestro nombre?

MARQUESA. Eso es.

SULPICIO. ¿Prima? ¿Hermana?

MARQUESA. Sí, mi hermana.

SULPICIO. ¿Vive?

MARQUESA. Murió.

SULPICIO. ¡Voto á cien!

MARQUESA. Mas el capitan Roberto  
dejó á su muerte...

SULPICIO. Sí á fé.

Una niña.

MARQUESA. ¡Sí! ¡Dios mío!

Antes de su muerte, él  
la encomendó á mi cuidado.  
Pero el anciano por quien  
debí hallarla, hace quince años,  
á su paso murió al pié  
de estas montañas, y pienso  
que en ellas murió tambien  
mi... mi heredera.

SULPICIO. Ya estoy,  
vuestra sobrina.

MARQUESA. Eso es.

ORTENSIO. Que hoy sería Baronesa.

MARQUESA. ¡Es un ángel! ¡Murió!

SULPICIO. ¡Qué!

Es un ángel!... pero vivo!...

MARQUESA. ¿Qué decís?

SULPICIO. Nada... ¡oh placer!  
vive... gracias á nosotros.

MARQUESA. ¿Es cierto?

SULPICIO. ¿Pues no ha de ser?

MARQUESA. ¡Vive! Ah... Sostenedme!

SULPICIO. ¿Yo?

¿Puedo yo tenerme en pié?

MARQUESA. ¿Quién la salvó?

SULPICIO. Mil valientes  
que cuidaron su niñez  
con amoroso desvelo.

MARQUESA. ¿Dónde está? ¿La conocéis?

SULPICIO. ¡Mil bombas! ¿Si la conozco?...

MARQUESA. ¡Dónde está!

SULPICIO. Conmigo; si es  
parte de mi regimiento.

MARQUESA. ¿Entre soldados?

SULPICIO. Sí á fé.  
Pues si es nuestra cantinera.

MARQUESA. ¡Horror! ¡Ella! ¡Un Berkenfield?

SULPICIO. ¡Un Berkenfield!

MARQUESA. Imposible!  
¿Tencis la prueba?

SULPICIO. ¿De qué?

MARQUESA. De que es mi sobrina.

SULPICIO. ¡Toma!  
Guardo en el pecho un papel  
que lo acredita. María  
es vuestra sobrina.

MARQUESA. ¿A ver?

SULPICIO. Al momento. Mas qué veo?  
ella viene.

MARQUESA. ¿Dónde?

SULPICIO. Ved.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—MARIA.

MARÍA. A la orden, mi sargento.  
SULPICIO. Vedla!  
MARÍA. Señora, perdon.  
No es vi.  
MARQUESA. (¡Ella! ¿Será ella?)  
MARÍA. ¿Quién es esta dama? (Bajo á Sulpicio.)  
SULPICIO. (Con exagerada expresion.) ¡Oh!  
MARÍA. ¿Qué dices? ¿qué estás haciendo?  
SULPICIO. Cumplir con mi obligacion.  
Leed, señora Marquesa. (Dando una carta á la Marquesa.)  
MARÍA. ¡Marquesa!

SULPICIO. Si, voto á brios!

MARÍA. ¡Sulpicio!

SULPICIO. ¡Ah, sí, hija mia!  
Tu viejo Sulpicio soy!  
Tu padre!

MARÍA. Pero ¿qué tienes?  
noto en ti una agitacion...

SULPICIO. Es claro... ¡el gozo! ¡la dicha!  
si supieras...

MARÍA. Por favor,  
habla.

SULPICIO. Encontré tu familia.

MARÍA. ¿Mi familia?

SULPICIO. ¡No que no!  
Y vas á ser Baronesa...  
y Marquesa... si señor!  
Eres la única heredera!  
¡Qué lujo! ¡Qué ostentacion  
te aguarda! ¡Qué gran palacio!  
¡Qué castillo, vive Dios!  
y ¡qué nombre! ¡Berkensfield!  
¿te gusta el nombre? A mí no.  
MARÍA. ¿Es posible?

SULPICIO. Sí; hija mia.  
Y bien. (A la Marquesa.)

MARQUESA. Teníais razon.  
Es letra del capitan  
Roberto.

SULPICIO. No os dije yo!

MARÍA. Qué dice?

SULPICIO. Dice que eres  
su sobrina. ¿Qué haceis vos?

MARQUESA. Ah! sí, ven: dame los brazos.

MARÍA. Con todo mi corazon!  
¿Vos sois mi tia? ¡Mil rayos!  
¡Me place!

MARQUESA. (Y jura! ¡Qué horror!)

Bien la educásteis.

SULPICIO. A mi  
me debe su educacion.

MARQUESA. Sois muy leal; muy honrado.  
Yo os estimo.

SULPICIO. Tanto honor...

MARÍA. Es mi padre; un veterano  
como hay pocos, vive Dios!  
Bajo este adusto semblante,  
y este bigotazo atroz,  
se oculta un alma muy noble!  
Que late aquí un corazon,  
incapaz de una bajeza;  
lleno de virtud y amor!

MARQUESA. ¡Eh! ¡quita allá, zalamera!

MARÍA. ¡Sulpicio!

MARQUESA. Sin dilacion,  
nuestro carruaje, Ortensio.

ORTENSIO. ¿Ella partirá con vos?

MARQUESA. Sí.—Tu familia te espera.  
Deja estos lugares.

MARÍA. (Abrazando á Sulpicio.) ¿Yo?

MARQUESA. Heredera de mi nombre,  
vas á vivir desde hoy  
en el fausto... la opulencia.

MARÍA. Gracias! Prefiero su amor.

MARQUESA. Me seguirás. Yo lo mando.

SULPICIO. Cumple con tu obligacion.  
Lo manda.

MARÍA. ¿Con qué derecho?

MARQUESA. El que al morir me legó  
tu desventurado padre.

MARÍA. ¡Mi padre!

MARQUESA. (Dando á María la carta) Esa es mi razon.

MARÍA. (Leyendo.) «Señora: Mañana nos batimos: mañana quizás  
dejaré de existir. Os confio á mi hija que no tiene á na-  
die en el mundo sino á vos: quiera el cielo que halleis

en su cariño la recompensa de vuestras bondades para mí, y olvideis por ella las culpas de su padre que la bendice.—Roberto.»

¡Ah! ¡Señora...!

MARQUESA.

Ven!

SULPICIO.

¡Mil rayos!—

¡Parte, hija mía, valor!

MARÍA.

Bien; partiré. ¿Mas vosotros ireis á verme?

SULPICIO.

¡Pues no!

ORTENSIO.

¡Jesucristo! ¡Un regimiento!

MARQUESA.

No perdamos tiempo.

MARÍA.

¡Oh!

Un momento. Permitidme siquiera decir adios á mis camaradas.

SULPICIO.

Es

muy justa esa peticion.

MARQUESA.

Bien está. ¿Qué haceis, Ortensio? Prevenid caballos.

ORTENSIO.

Voy.

MARQUESA.

Vamos, pues. Venid, Sulpicio.

SULPICIO.

Vuestro humilde servidor.

## ESCENA IX.

ANTONIO.—FRANZ y SOLDADOS.

(Franz y los soldados aparecen por la derecha y ocupan en dos grupos los segundos términos de izquierda y derecha. Antonio llega por la derecha.)

ANTONIO.

Al fin os hallo. (A todos.)

FRANZ.

Qué veo!

Tu aquí? Tamaña osadía!

ANTONIO.

Vengo en nombre de María.  
Ser vuestro amigo deseo.

- FRANZ. En buen hora. No dirás  
que desatendido eres ;  
y pues ser mi amigo quieres,  
ya eres mi amigo. ¿Qué más ?
- ANTONIO. Que acojais la pretension  
que hasta vosotros me guia.  
Sabed que amo á María  
con todo mi corazon.
- FRANZ. Lo sé: eres mi rival.
- ANTONIO. Ella me ama.
- FRANZ. Concedido.  
Y ¿qué más ?
- ANTONIO. Su mano os pido.
- FRANZ. Negada. ¿Qué más ?
- ANTONIO. ¿Hay tal ?  
¿No oís que la amo ?
- FRANZ. Toma !  
Yo tambien , y soy primero.
- ANTONIO. Es que ser su esposo quiero.
- FRANZ. Y yo. No pienses que es broma.
- ANTONIO. Vos sois su padre.
- FRANZ. En el nombre.  
Y aunque mis pasiones domo,  
soy hombre... y la amo... como  
la puede amar el más hombre.  
¿Vaya! ¿Que si la amo yo?  
Toma! Ni como... ni duermo...  
y una vez caí enfermo  
porque me dijo que no.  
Y advierte que acongojado  
me pongo cuando la veo.  
Y mira que no deseo  
más bien que estar á su lado.  
Que su mirada me inflama.  
Que me hiela su rigor.  
Si esto no se llama amor,  
dime tú cómo se llama.

ANTONIO. Tanta calma me enagena.  
¿Qué determinais?

FRANZ. Por mí...  
¿Dices que ella te ama?

ANTONIO. ¡Sí!

FRANZ. Pues que sea enhorabuena.  
Para ceder á razones  
con todos me las apuesto:  
yo me pinto solo en esto  
de dominar las pasiones.

ANTONIO. ¡Oh! ¡gracias!

FRANZ. ¿A dónde vas?

ANTONIO. ¿No me la dais por esposa?

FRANZ. ¿A María? No hay tal cosa.  
Eres vivo por demás.

ANTONIO. ¿Cómo?

FRANZ. Lo siento infinito,  
mas desairarte es forzoso.  
Para que seas su esposo  
aun te falta un requisito.

ANTONIO. ¿Cuál?

FRANZ. Existe un juramento  
que de ella te desvía.  
El esposo de María  
debe ser del regimiento.

ANTONIO. ¿Y bien?

FRANZ. "Que esa es circunstancia  
indispensable: ¿qué quieres?  
Y tú eres paisano, y eres  
enemigo de la Francia.

ANTONIO. Pues bien: desde este momento  
á vosotros me uniré.

Quiero ser soldado... ¿Y qué?  
¿Aun rechazareis mi intento?

FRANZ. No. ¿Eh? ¿Comaradas?

TODOS. No.

FRANZ. Ya eres nuestro compañero,



ya es tuya Maria ; quiero  
ser vuestro padrino yo.

ANTONIO. ¡Oh ! ¡Gracias ! Soy venturoso !  
Eterna amistad !

FRANZ. Si á fé :—

Paciencia. Dominaré  
mi carácter impetuoso.

## ESCENA X.

LOS MISMOS.—MARÍA.—SULPICIO.

### MUSICA.

ANTONIO.

Tu padre nos bendice , esposa mia.

SULPICIO.

No es ya tu esposa la gentil María.

Ella parte de aquí.

CORO.

No ; ¿quién lo ordena ?

No huirá de nuestro lado.

ANTONIO.

¡Me deja ! ¡Amarga pena !

(A Maria.) Mi espíritu serena.

¿Quién te aleja de mí ?

MARÍA.

Deber sagrado.

¡Debo partir !

de vuestro afecto santo,

de estos sitios de amor es fuerza huir.

Mas por favor

secad el tierno llanto.

Vuestro dolor,

llena mi pecho de mortal quebranto !

¡Debo partir !

¡Voy á partir!

Adios, mis compañeros ;  
vuestra memoria guardará María.

Ved mi dolor!

Vosotros los primeros

sois en mi amor,

Dad un recuerdo á la memoria mia!

¡Voy á partir!

SULPICIO.

Sin el cariño de la hija mia ,

¿de qué la vida me servirá?

ANTONIO.

¡Me oprime el alma tu despedida!

Mi vida entera contigo vá.

CORO.

Me oprime el alma su despedida,

mi vida entera con ella vá.

MARÍA.

El tierno llanto de mí guardad.

ANTONIO.

Si es preciso partir , yo iré á tu lado.

SULPICIO.

Primero es tu deber ; eres soldado.

MARÍA.

¡Mi bien !

ANTONIO.

¡Mi dulce encanto!

MARÍA.

Irresistible imán hallo en su acento!

Es preciso partir: cruel tormento!

CORO.

¡Penosa partida!

Llorando está.

A nuestro amante seno

tal vez no volverá.

Altiva y donosa

fué en guerra y en paz ,

honor del regimiento ,

nuestro ángel tutelar!

ANTONIO Y MARÍA.

Ya mi esperanza por siempre huyó.  
Cual humo leve desapareció.  
La vida miro perdida ya.  
Tu ausencia ¡ay misera! me matará.

MARÍA.

En mi amarga despedida  
yo te juro eterno amor.

ANTONIO.

Guarda fiel en tu memoria  
el recuerdo de mi amor

SULPICIO Y CORO.

Para escena tan penosa  
en mi pecho no hay valor.

**HABLADO.**

SULPICIO. ¡Adios, hija!—¡Voto á brios!  
¡Por nuestra hija!—¡Alinear!  
¡Al hombro!—¡Presenten!—¡Ar!

MARQUESA. Ven.

SULPICIO.                    ¡Adios!

MARIA. ¡Adios!

Todos.                                        ¡ Adios !

---

(María, conducida por la Marquesa, se despidе con la accion de los soldados que presentan las armas.)

(Cae el telon.)

**FIN DEL ACTO SEGUNDO.**

# ACTO TERCERO.

---

Salon.—En el fondo una galería que dá vista á un parque; á la derecha del actor, dos puertas practicables; á la izquierda, en primer término, un balcon, y en segundo una ventana: retratos de familia colgados en los muros del salon.

## ESCENA PRIMERA.

ORTENSIO.—SULPICIO.

ORTENSIO. Adelante. (Conduciendo á Sulpicio.)

SULPICIO. ¿A dónde vamos?

ORTENSIO. Esperad en este sitio.

Descansad; tomad asiento.

SULPICIO. ¡Bah! ¿Ceremonias conmigo?

Yo nunca me canso.

ORTENSIO. Bueno,

lo que vos gusteis.

SULPICIO. Lo dicho.

ORTENSIO. Teneis un genio....

SULPICIO. Al asunto,

que me enojan los cumplidos.

Vuestra señora me llama;

anunciadla que he venido.

ORTENSIO. Si supiérais...

SULPICIO. ¡Media vuelta!

- ORTENSIO.                                    ¡ Largo !
- ORTENSIO.                                    ¡ Ay ! Señor Sulpicio,  
sabad...
- SULPICIO.                                    ¡ Silencio en las filas !
- ORTENSIO.                                    Si supiérais...
- SULPICIO.                                    ¡ Por Dios vivo !
- ORTENSIO.                                    Si os dijera...
- SULPICIO.                                    ¡ Mil centellas !
- ORTENSIO.                                    Es que ignorais...
- SULPICIO.                                    ¡ Truenos ! ¡ Listo !
- ORTENSIO.                                    ¡ Qué barbaridad !
- SULPICIO.                                    ¿ Qué dices ?
- ORTENSIO.                                    ¿ Yo ? Que ya estoy convencido.
- SULPICIO.                                    ¿ De qué ?
- ORTENSIO.                                    De que sois el hombre  
más encantador que he visto.
- SULPICIO.                                    No me gustan las lisonjas.
- ORTENSIO.                                    No ; que es justicia. ( ¡ Cernícalo ! )
- SULPICIO.                                    ¿ Qué murmuras ?
- ORTENSIO.                                    Nada.
- SULPICIO.                                    ¡ Largo !
- ORTENSIO.                                    Servidor vuestro.

## ESCENA II.

LOS MISMOS.—LA MARQUESA.

- MARQUESA.                                    ¿ Qué gritos ?...
- ORTENSIO.                                    Nada , señora.
- SULPICIO.                                    A la orden.
- ORTENSIO.                                    Creed que no dí motivo...
- SULPICIO.                                    Sí dió.
- MARQUESA.                                    Salid.
- SULPICIO.                                    Estantigua!
- ORTENSIO.                                    ( Este hombre es atróz. )

## ESCENA III.

MARQUESA.—SULPICIO.

MARQUESA. Sulpicio,  
llegad.

SULPICIO. Señora Marquesa,  
perdonad si me he excedido.

MARQUESA. No habéis de ello.

SULPICIO. ¿Qué queréis?  
No está uno siempre del mismo  
talante, y hay ocasiones...

MARQUESA. ¿Qué os sucede, amigo mío?

SULPICIO. ¡Oh! No os cuideis... vos primero.  
Me llamásteis, y he venido.  
Disponed de mí.

MARQUESA. A su tiempo.  
Ante todo necesito  
saber qué os aflige.

SULPICIO. Nada.

MARQUESA. Os lo mando... os lo suplico.

SULPICIO. Gracias.—Rechazo la súplica,  
porque al mandato me humillo.

MARQUESA. Sois cortés.

SULPICIO. Soy militar.

MARQUESA. Honrado sois.

SULPICIO. Soy Sulpicio.

MARQUESA. ¿Y bien?

SULPICIO. Señora Marquesa...  
yo no sé cómo deciros...  
Dado á los diablos estoy,  
sin saber por qué motivo.  
No ahora; cuando esta mañana  
desperté, estaba lo mismo.  
Con un afán... una pena...  
¡sentí en el pecho un vacío!

Pasé toda la mañana  
con un pensamiento fijo;  
pensando en María. Hace  
seis dias que no la he visto.

MARQUESA. Vuestra es la culpa; habitad  
con nosotras el castillo.

SULPICIO. ¿Y el regimiento?

MARQUESA. Olvidadle.

SULPICIO. Jamás dejaré el servicio.

MARQUESA. Como gustéis. Mas venid;  
no nos echeis en olvido.  
Seis meses há que María  
vive á mi lado; al principio,  
no pasaba un solo dia  
sin que viniérais solícito  
á visitarnos: despues...  
sin explicarme el motivo,  
dísteis en faltar.

SULPICIO. Es cierto.

Pero hoy...

MARQUESA. Sí; ha sido preciso  
que os llame yo.

SULPICIO. Y héme aquí.

Antes hubiera venido;  
porque sin ver á María  
no acierta á vivir Sulpicio.  
Mas yo soy adusto, inquieto;  
ya veis... militar antiguo...  
y cuando me contrarían,  
no soy dueño de mí mismo.  
Por eso no vengo; vos...  
hallando que es buen partido,  
casais á María; ella...  
acata vuestros designios...  
y suspira... y gime... y yo...  
¡mil bombas! tambien suspiro.

MARQUESA. ¿Con que es decir que no cuento

con vos?

SULPICIO. Por Dios Uno y Trino ,  
en todo y por todo. No  
siendo para el consabido  
enlace.

MARQUESA. Para eso os llamo.  
Ved que es grande el compromiso.  
No me abandoneis.

SULPICIO. (¡ Mil rayos !)  
Siento...

MARQUESA. Ayudadme.

SULPICIO. Ya he dicho...

MARQUESA. Hoy se firman los contratos.

SULPICIO. Aun es tiempo...

MARQUESA. Amigo mio ,  
es tarde.

SULPICIO. ¡ Bah !

MARQUESA. Está enpenada  
mi palabra.

SULPICIO. (Con rapidez.) Eso es distinto.  
Siendo así, empeño la mia  
de ayudaros. ( ¡ Vive Cristo !)

MARQUESA. Gracias. Hablad con María;  
en ella ejerceis dominio:  
persuadidla.

SULPICIO. ¿Qué? ¿Se niega?

MARQUESA. No ; mas viene á ser lo mismo.  
Se expresa de una manera...  
Qué modales , Jesucristo!  
Siempre hablando de revistas...  
de batallas... de peligros...  
de su cantina... del rancho...  
Aclamando el ejercicio  
de las armas... ¡ Dios eterno!

SULPICIO. Pues todo eso es muy digno.

MARQUESA. ¡ Callad ! ¡ Una Baronesa  
de Berkenfield ! ¡ Primer titulo



de Alemania! ¡Y añadid  
que va á ser por su marido  
Duquesa de Crakentorp!

SULPICIO. ¡Oh! ¡Crakentorp!

MARQUESA. ¡Ay, Sulpicio!

Salvadme.

SULPICIO. ¿Y cómo? (¡Mil rayos!)

Yo la enseñé esos principios;  
solo yo.

MARQUESA. Que los olvide.

SULPICIO. ¡Bá! Son resábios antiguos  
difíciles de olvidar.

MARQUESA. Que los olvide. ¡Es preciso!

SULPICIO. Bien está.

MARQUESA. Ayudadme.

SULPICIO. Os di

mi palabra.

MARQUESA. En vos confío.

## ESCENA IV.

LOS MISMOS.—MARIA.

MARIA. ¿Tú aquí, Sulpicio?

SULPICIO. ¡Cien truenos!

¡Ven acá! ¡Cuando yo digo!...

Alza esa frente. ¿Qué tal?

Vaya un semblante festivo  
para una novia.

MARQUESA. Venid.

¿Es ese vuestro cariño?

Dadme un abrazo. ¿Y á él? (Por Sulpicio.)

SULPICIO. ¡Aprieta! (A la Marquesa.) Contad conmigo.

MARIA. ¿Para qué?

SULPICIO. Para un asunto

muy importante... (La Marquesa le impone silencio recatándose de María.) (No chisto.)

Que no te importa.

MARÍA. ¡Qué amable!

MARQUESA. No te incomodes; exijo  
de tí que hoy estés contenta.

MARÍA. Por complaceros...

MARQUESA. ¡Magnífico!

No tardarán en llegar  
el notario... los testigos...  
¡Qué brillante reunión!  
A propósito; es preciso  
que admiren tu habilidad...  
¿No habrás echado en olvido  
aquella romanza?...

MARÍA. ¿Cuál?

MARQUESA. Hela aquí. ¿A ver? «Los suspiros  
de Diana.» ¡Oh! ¡Bella música!  
¡Qué andante tan expresivo!  
De un autor francés.

SULPICIO. ¿Francés?

Buena será.

MARÍA. (¡Ay Sulpicio!  
Valen más nuestras canciones.)

SULPICIO. ¡Oh! ¡Ya lo creo! ¡Por Cristo!  
no hay nada mejor.

MARÍA. ¿Te acuerdas?

SULPICIO. Vaya.

MARQUESA. ¡Qué andante! ¡Divino!  
Repasa este andante.

MARÍA. Ahora...

MARQUESA. Nunca mejor.

MARÍA. (¡Qué fastidio!)

MARQUESA. Siéntate al clave.

MARÍA. Sea pues.

MARQUESA. Oid. (A Sulpicio.)

SULPICIO. Me place.

MARQUESA.

Dá principio.

**MUSICA.**

MARÍA.

«Era Diana hermosa y pura  
como una estrella del cielo azul ;  
hallóla Aurelio por su ventura  
envuelta en velos de blanco tul.»

SULPICIO.

Nuestras canciones me gustan más.  
; Rataplan , rataplan , rataplan !  
Mi regimiento no tiene igual.

MARQUESA.

; Oh ! ; qué horrible cancion !

MARÍA.

; Perdon ! ; perdon !  
fué leve distraccion.—

«Como es Aurelio tan fino amante ,  
todos bendicen su fé constante.  
Todos le aclaman por su valor  
con frenesi.»

MARÍA Y SULPICIO.

Todos le aclaman con frenesi !  
Héle aquí ,  
No hay regimiento que brille así!

MARQUESA.

; Cancion horrible ! ; Callad , callad !

MARÍA Y SULPICIO.

; Oh ! ; qué monótono ! ; Qué aire tan lánguido !  
Tan fea música no oí jamás !  
Yo amo el estrépito de los clarines!  
Nuestras canciones me gustan más!

MARQUESA.

Siga el andante.

MARÍA.

Sea por vos.

(Ya seguiremos nosotros dos.) (A Sulpicio.)

« Al fin Diaua creyó en su amante  
que mentiroso la abandonó !  
Y la cuitada , sola y errante ,  
hondos suspiros al viento dió. »

MARQUESA.

¡ Oh ! ¡ qué suspiros tan dulces dás !

MARÍA.

¡ Ah , ah , ah , ah !

MARQUESA.

Más dulce , más.

SULPICIO.

Mejor me suena que esos suspiros  
de los tambores el redoblar.

MARQUESA.

Más dulce. Fuerte. Más piano aquí.  
piao , pianísimo. Mal , no es así.

MARÍA.

Renuncio desde ahora.

Más plácida armonía

hallé en mi regimiento.

MARQUESA.

¡ Oh Dios ! ¡ María !

MARÍA y SULPICIO.

Rataplan , rataplan , rataplan,  
mi regimiento no tiene igual.

MARQUESA.

¡ Tu cabeza desvaría !

No es cordura comparar

á tan bella melodía ,

ese estruendo militar.

## ESCENA V.

MARÍA.—SULPICIO.

**HABLADO.**

MARÍA. Se fué. La hemos ahuyentado.  
Mejor. Con más libertad

hablaremos.

SULPICIO. Es verdad.

MARÍA. Recordemos lo pasado.  
¿Te acuerdas, Sulpicio?

SULPICIO. ¡Ba!

MARÍA. Jamás olvidaré yo  
aquel tiempo. ¿Y tú? ¿Á que no  
puedes olvidarte?

SULPICIO. ¡Ca!

MARÍA. ¿Y he de aceptar una union  
que detesto? No haré tal.  
¡Me insubordino!

SULPICIO. Cabal.

MARÍA. ¡Protesto!

SULPICIO. Tienes razon.—  
Es decir... (¡Rayos!) Tú debes  
obediencia... es menester  
que cedas.

MARÍA. No puede ser.

SULPICIO. (¡Voto á...!) Mira... no lo llesves  
á mal... yo te lo aconsejo.

MARÍA. ¿Qué dices?

SULPICIO. Cede, hija mia.

¡Ya ves! ¿Quién desearia  
tu bien, mejor que este viejo?

MARÍA. Ninguno.

SULPICIO. ¡Cómo ha de ser!  
Por lo mucho que te quiero...  
cede... ¡y sé feliz! Primero  
que la voluntad, el deber.

MARÍA. Es cierto...

SULPICIO. ¡A vivir! ¡Qué quieres!  
Ya son otros tiempos.

MARÍA. Bien.

SULPICIO. A propósito. Tambien  
debes pensar en quién eres.  
Que hables de milicia... pase;

pero tu vida no cuentes.  
Es fuerza que te presentes  
como conviene á tu clase.

MARÍA. ¿Cómo?

SULPICIO. No hables del servicio  
militar... ni de batallas...  
ni... sé digna.

MARÍA. ¿Indigno hallas  
el militar ejercicio?

SULPICIO. (¡Rayos!)

MARÍA. ¿Qué has dicho?

SULPICIO. (¡Reniego...!)

MARÍA. ¿Que es mi afán indigno? ¡Oh!  
¡No eres buen soldado!

SULPICIO. ¿Yo?

¡Mil bombas! ¡Se rompió el fuego!—  
Recuerda el tiempo pasado.  
Habla de él con afán doble.  
¡Muchacha! Nada hay más noble  
que la misión del soldado.

MARÍA. ¡Sí, por mi vida! ¿Te acuerdas?

SULPICIO. De todo.

MARÍA. Jamás olvido  
el día que fuiste herido.

SULPICIO. ¡En el pecho! (con orgullo.)

MARÍA. ¿Lo recuerdas?

SULPICIO. Si me hicisteis guardar cama.  
Y ahora me acuerdo...

MARÍA. ¿De qué?

SULPICIO. ¡Toma! que me desmayé  
como si fuera una dama.

MARÍA. La falta de sangre...

SULPICIO. Sí.

¡Y tú entonces te portaste!  
¡con cuánto amor me cuidaste!

MARÍA. ¿Lo tienes presente?

SULPICIO. (Llevando una mano al corazón.)

¡Aquí!

MARÍA. Tres años há.

SULPICIO. Sí, hija mia,

MARÍA. En Marzo cumplen.

SULPICIO. Sí á fé.

MARÍA. Dia quince.

SULPICIO. ¡Sabes que fué  
dia terrible aquel dia!

MARÍA. ¡No se vá de mi memoria!  
En él murió mi teniente  
Alejandro! ¡Era un valiente!

SULPICIO. ¡Así Dios le dé su gloria!

MARÍA. ¿Y el dia aquel que marchaba  
avanzando el regimiento?

¡Cómo retumbaba el viento!

¿Te acuerdas? ¡Cómo nevaba!

SULPICIO. Sí.

MARÍA. Los pies me hice pedazos  
en la nieve. ¡Pasé un frio!

SULPICIO. ¡Y vadeamos un rio!

MARÍA. ¡Y tú me pasaste en brazos!

SULPICIO. Es verdad.

MARÍA. No; que caimos:  
resbalaste...

SULPICIO. ¿Yo?...

MARÍA. ¡No hay más!  
y en medio del rio... ¡zás!

SULPICIO. Es verdad.

MARÍA. Nos zambullimos.  
¡Qué risa!

SULPICIO. ¡Por mi torpeza!

MARÍA. ¡Y qué burla nos hicieron  
los camaradas!

SULPICIO. Dijeron  
que caimos de cabeza.

MARÍA. Es claro.

SULPICIO. ¡Buen tiempo aquel!

- MARÍA.     ¿ Y aun querrás tú que no estalle  
              contra esa union, y que calle?...  
              ¿ Hay martirio más cruel?..
- SULPICIO.   Piensa...
- MARÍA.       A callar no me obligo.  
              Firme es mi resolucion.
- SULPICIO.   Es que existe una razon...
- MARÍA.       Ninguna.
- SULPICIO.   Cuando te digo...
- MARÍA.       Bien, pues no esperes que yo  
              desista...
- SULPICIO.   Sí harás.
- MARÍA.       No haré.  
              Como me cuadre hablaré.
- SULPICIO.   No hablarás.
- MARÍA.       Sí.
- SULPICIO.   No.
- MARÍA.       Sí.
- SULPICIO.   No.
- MARÍA.       ¡ Ahogaré mi sentimiento!  
              Martir seré. ¿ Qué más quieres?
- SULPICIO.   Quiero que seas quien eres.  
              ¡ La hija del regimiento!
- MARÍA.       De ese modo...
- SULPICIO.   De ese modo  
              cumples, aunque no te cuadre,  
              los preceptos de tu padre:  
              el deber ántes que todo!
- MARÍA.       Será así.
- SULPICIO.   ¡ Bien por mi vida!
- MARÍA.       Triunfe el deber; ya no insisto.  
              Vuestra hija soy.
- SULPICIO.   ¡ Sí, por Cristo!
- MARÍA.       ¿ Aun me quieres más rendida?
- SULPICIO.   No, que has vencido... Me entrego,  
              porque... Adios!
- MARÍA.       ¿ Te vas?



SULPICIO.

Andando,

porque... Adios!

MARÍA.

(Se va llorando.)

SULPICIO.

¡Voto á...!

MARÍA.

Oye.

SULPICIO.

Adios! ¡Reniego!...

---

## ESCENA VI.

MARÍA.

¡Adios! Ya huyó de los dos  
la tranquilidad del alma.

Huyes, perdida la calma;

¡adios, mi Sulpicio; adios!

---

## MUSICA.

No hay en la vida para mi reposo:  
mi porvenir de amor,  
trocado miro ya en afan penoso.

---

La opulencia y el fausto enojoso  
me aseguran eterno penar!  
No saldrán de mi pecho oprimido—  
los sollozos que es fuerza ocultar:  
tristes galas y gozo mentido  
ante el mundo sabré presentar.  
¡Pero humilde belleza es la mía  
sin mi dulce querida ilusion!  
¿Dónde estais los valientes que un dia  
aclamaba en alegre cancion?  
A los brazos volved de María,  
que os espera su fiel corazon!

---

No hay esperanza ya; ¡el tiempo avanza!  
la fiesta se apereibe:  
para siempre alejose mi esperanza!

¡Esos ecos lejanos!...  
 ¡No es un sueño! ¡una marcha guerrera!  
 ¡Es realidad! ¡Son ellos! ¡mis hermanos!  
 ¡Oh contento! ¡Oh dulce instante!  
 ¡Venturosa torno á ser!  
 ¡Ricos sueños de la infancia,  
 en mi pecho renaced!

---

¡Que viva la Francia y mi Emperador!  
 ¡y viva la guerra que triunfo nos dá!  
 ¡Viva la victoria premio del valor!  
 ¡Viva el regimiento que marchando vá!

---

## ESCENA VII.

MARÍA.—ANTONIO.—FRANZ.—SOLDADOS.

CORO.

¡Es ella! ¡María! ¡momento feliz!  
 ¡tu antigua familia te viene á buscar!

MARÍA.

¡Los brazos amigos, os veo por fin!  
 ¡Me embarga el contento! ¡Volvedme á abrazar!

---

TODOS.

¡Que viva la Francia y mi Emperador!  
 y viva la guerra, etc.

---

## ESCENA VIII.

MARIA, SULPICIO, ANTONIO, FRANZ, SOLDADOS.

**HABLADO.**

SULPICIO. ¡Mil rayos, mis camaradas!  
 ANTONIO. Sulpicio.  
 SULPICIO. ¿Tú aquí? ¡Aprieta!

- FRANZ. A la órden, mi sargento.  
 SULPICIO. ¡Cabo Franz!  
 FRANZ. <sup>E</sup> A la obediencia.  
 MARÍA. Pero tú no has reparado...  
 ¡Mira, Sulpicio! (Mostrándole á Antonio.)  
 SULPICIO. ¡Friolera!  
 ¡Ya es oficial!  
 MARÍA. ¿No lo ves?  
 Teniente.  
 SULPICIO. Sea enhorabuena.—  
 A la órden, mi teniente.  
 MARIA. Pronto habeis hecho carrera.  
 ANTONIO. He pensado en vos, María.  
 MARÍA. Sois muy cortés.  
 ANTONIO. ¡Sois muy bella!  
 MARÍA. ¡Oh! ¡Gracias!—Mis compañeros,  
 ¿qué deseais? Con franqueza.  
 Bebed, descansad, pedid,  
 que aun soy vuestra cantinera.  
 SULPICIO. ¿Y quién la contiene ahora?  
 MARÍA. ¡Ortensio!  
 SULPICIO. La vá á armar buena!
- 

## ESCENA IX.

LOS MISMOS.—ORTENSIO.

- ORTENSIO. ¡Qué veo! ¡Misericordia!  
 MARÍA. Estos valientes desean  
 beber; descansar. Guiadlos  
 con unas cuantas botellas.  
 ORTENSIO. ¿Unas cuántas? Mejor es  
 llevarlos á la bodega.  
 MARÍA. Tratadlos bien.  
 ORTENSIO. Qué dirá  
 la señora cuando sepa...

MARÍA. Obedeced.  
 FRANZ. Adelante.  
 ORTENSIO. (¡Dios santo! ¡Qué patulea!  
 ¡Se ha convertido el castillo  
 en un cuartel!)

FRANZ. Con licencia. (Se van.)

---

## ESCENA X.

MARIA, SULPICIO, ANTONIO.

MARÍA. ¡Qué ventura!  
 ANTONIO. ¡Qué placer!  
 MARÍA. Los tres juntos, ¿no te alegra?  
 SULPICIO. Mucho.  
 ANTONIO. ¡Otro abrazo!  
 MARÍA. Otro á mí.  
 SULPICIO. Venid. ¡Oh, grata sorpresa!

---

## MUSICA.

LOS TRES.  
 En feliz tierna union  
 á los tres hénos ya.  
 Siempre así latirá  
 mi leal corazon.

---

SULPICIO.  
 Dulces recuerdos.

ANTONIO.  
 Nunca me dejan.

MARÍA.  
 Dias de gloria.

SULPICIO.  
 Por siempre huyeron.

ANTONIO.  
 De nuevo tornan.

SULPICIO.

De mí se alejan.

MARÍA.

Con más ventura vuelven á mí,  
que vuestras manos estrecho aquí.

---

LOS TRES.

En feliz tierna union etc.

---

ANTONIO.

Tú abogarás por mí.

MARÍA.

Por él debes hablar.

ANTONIO.

Mi amor espera en tí.

MARÍA.

Tú solo has de triunfar.

SULPICIO.

Muy bien: mas quién alcanza...  
dejadme concluir.

LOS DOS.

En tí está la esperanza  
de nuestro porvenir.

---

LOS TRES.

En feliz tierna union etc.

---

### HABLADO.

ANTONIO. Hablad, Sulpicio.

SULPICIO. No puedo.

ANTONIO. ¿Con que os negais?

SULPICIO. ¡ Mil centellas!

La dí mi palabra. Apoyo  
á la señora Marquesa.

ANTONIO. Ved que vuestra negativa  
labra mi desdicha eterna!

SULPICIO. Lo siento.

- ANTONIO. Ved que tambien  
será desdichada ella!
- SULPICIO. Basta!
- ANTONIO. Oid por vuestra vida!
- SULPICIO. No puede ser!
- ANTONIO. Pues que sea!
- SULPICIO. Callad!
- ANTONIO. Oid!
- SULPICIO. ¡Alto el fuego!
- ANTONIO. Bueno.—Yo hablaré á la Marquesa.
- SULPICIO. Hareis mal.
- ANTONIO. Mal haceis vos,  
que oís con indiferencia  
nuestra súplica.
- SULPICIO. Dejadme.
- ANTONIO. Para siempre!
- SULPICIO. Enhorabuena!
- ANTONIO. ¡Sois muy cruel!
- SULPICIO. ¿Yo? ¡Mil bombas!
- ¿No he de ponerme en defensa,  
si paras el fuego, y vienes  
cargando á la bayoneta?
- ANTONIO. ¡Oh! Persuadidle, María...—  
¿Callais?
- MARÍA. El deber lo ordena.
- ANTONIO. ¿Es decir que os sacrifican?  
¿Que cedéis á la violencia?  
No ha de ser; corro á buscar  
á la señora Marquesa.
- MARQUESA. Por Dios callad!

---

## ESCENA XI.

LOS MISMOS Y LA MARQUESA.

- MARQUESA. ¿Qué sucede?
- SULPICIO. (¡Mil rayos! A tiempo llega.)

MARQUESA. ¡Aquí un militar! ¿Quien sois?

ANTONIO. Oídme, pues.

SULPICIO. ¡Mil centellas!

Mucho arriesga en el asalto  
como no logre hacer brecha.)

ANTONIO. Yo, oficial del ejército  
francés, bueno, cual lo prueba  
esta cruz puesta en mi pecho,  
aquí, al frente de banderas,  
por el mismo emperador,  
os pido humilde la vénia,  
para ofrecer á María  
con mi amor, mi vida entera!

MARQUESA. ¿Qué dice este hombre?

MARÍA. (¡Dios mío!)

MARQUESA. Salid de aquí!

SULPICIO. (Ya empieza  
á jugar la artillería.)

MARQUESA. ¿Y tú le escuchas serena?

MARÍA. Yo...

MARQUESA. Castiga tanta audacia!

ANTONIO. María me ama.

MARQUESA. ¿Ella?

No: desmiente, hija mía!

MARÍA. Nada añadirá mi lengua.

La razon que aquí le trae,  
sé que es digna... que es sincera.

Yo... no la condeno... vos...

la rechazais... y huyo de ella!—

En tan penosa entrevista

mal parece mi presencia.

Permitid que me retire. (Se va.)

MARQUESA. Ven.

SULPICIO. En justicia se aleja.

¡Dejadla, que así la quiero!

¡Y tú, bendice tu estrella! (Á Antonio.)

¡Ámala! ¡Y toma ejemplo

de rectitud y grandeza!

ANTONIO. La amo! La adoro! Por eso  
no consentiré que sea  
desdichada.—Adios, señora;  
premiad mi afan: ved mi pena!  
Pensad que adoro á María!  
Pensad que velo por ella!

## ESCENA XII.

LA MARQUESA.—SULPICIO.

MARQUESA. ¿Qué es esto, Sulpicio?

SULPICIO. ¿Esto?...

Es... que...—Á la órden, señora.

MARQUESA. ¿Huís de mí?

SULPICIO. Sí.

MARQUESA. Esperad.

SULPICIO. ¡Oh! No bagais que el fuego rompa:  
no me presentéis batalla,  
que os anuncio una derrota!

MARQUESA. ¿Eso decís?

SULPICIO. ¡Vive el cielo!

¿No estais viendo que me ahoga  
el pesar, y en tal empeño  
mi sufrimiento se agota?

MARQUESA. ¿Me abandonais?

SULPICIO. ¿Yo? (¡Mal haya!)

Indigno es dejaros sola.

Dí mi palabra, me quedo.

MARQUESA. ¿Me ayudareis?

SULPICIO. Si señora.

MARQUESA. Gracias. ¿Qué diria el mundo?

¡Una union tan ventajosa!

¡Un partido tan brillante!

SULPICIO. ¡Mucho que sí! (¡Mala bomba!)



MARQUESA. ¿Y aun piensa ese advenedizo,  
que sus pretensiones locas  
sean aceptadas, y pide  
matrimonio? ¡Gentil boda!

SULPICIO. (¡Húm...!)

MARQUESA. Me horroriza la idea  
de una union tan vergonzosa!

SULPICIO. ¿Eh?.. (Me callo.)

MARQUESA. Mi María  
halló esposo que la honra:  
¡un Duque de Crakentorp!

SULPICIO. ¡Ya!

MARQUESA. ¡Quién no acepta gustosa?  
¿En dónde espera hallar más  
distincion?

SULPICIO. Para ella es poca.

MARQUESA. ¡Sí, que es Berkenfield!

SULPICIO. ¡No es eso!

MARQUESA. Heredera...

SULPICIO. ¿Qué me importa?  
Vale más aquel semblante...  
aquella alma tan hermosa!—  
Al diablo los pergaminos,  
y váyanse ya en mal hora  
Berkenfield... y Crakentorp...  
y las distinciones todas!

MARQUESA. ¿Qué dices?

SULPICIO. Que he roto el fuego,  
y voy á quemar más pólvora!...  
Esa niña que inmolaís  
á la vanidad odiosa,  
por culpa vuestra suspira,  
y por culpa vuestra llora!  
No en honrarla os afaneis,  
que no hay quien la dé mas honra!  
Esa niña vino al mundo  
con más alta ejecutoria!

Su ternura lo publica,  
sus virtudes lo pregonan;  
porque es un ángel, y Dios  
le formó para su gloria!

MARQUESA. Sulpicio!

SULPICIO. ¡Trueno de Dios!

¿No advertís que me soloca  
el sentimiento, y la voz  
en mi garganta se ahoga?

MARQUESA. (¡Qué alma tan noble!)

SULPICIO. ¡Me voy!

Dadme licencia, señora.

MARQUESA. Un momento.

SULPICIO. ¿Qué queréis?

MARQUESA. Quedaos aquí.

SULPICIO. ¡Mil bombas!

### ESCENA XIII.

DICHOS Y ORTENSIO.

ORTENSIO. Señora.

MARQUESA. ¿Quién?

ORTENSIO. El notario.

los testigos: la señora

Duquesa de Crakentorp

los acompaña.

MARQUESA. (Angustiosa  
situación!) Id, que ya os sigo.

Sulpicio, ¿qué hacer ahora?

SULPICIO. ¿Y lo consultais? ¡Qué diablos!

¿No han llegado las personas  
que esperábais? Pues cumplid  
con ellas.

MARQUESA. ¡Cruel zozobra!

¿Y si María se niega?

SULPICIO. No la conceeis, señora.  
¿María negarse? ¡Truenos!  
no lo espereis.

MARQUESA. Dios os oiga.

SULPICIO. Voy en su busca...

MARQUESA. ¿Vendrá?

SULPICIO. ¡Pues no faltaba otra cosa!

## ESCENA XIV.

MARQUESA, CONVIDADOS, ORTENSIO.

ORTENSIO. Aquí están, señora.

MARQUESA. (¡Oh Dios!)—  
¡Oh señores, tanta honra!

## ESCENA XV.

Los mismos.—MARÍA.—SULPICIO.

### MUSICA.

MARQUESA.

¡María!

MARÍA.

(¡Cruel instante!)

MARQUESA.

(¡Ven! ¡Silencio!)

SULPICIO.

(¡Prudencia!)

CORO.

¡Es la novia encantadora!

MARÍA.

Debo firmar... ¡Oh Dios!

MARQUESA.

Llegó el momento.

## ESCENA ULTIMA.

LOS MISMOS.—ANTONIO.—FRANZ.—SOLDADOS.

CONVIDADOS.

¡Qué rumor! ¡Qué desórden! ¿Qué sucede?

ANTONIO.

Adelante.

CORO.

¡Penosa situacion!

SOLDADOS.

Nuestro amor aquí te auxilia:  
á tu lado estamos ya:  
el amor de tu familia  
la ventura te dará.  
Tu amargura calma en tanto:  
seca, niña, el triste llanto:  
no hayas duda ni temor,  
que te ampara nuestro amor.

ANTONIO.

Su amor hoy nos reclama:  
su dulce voz nos llama:  
nos roban su ternura:  
nos pierde á su pesar.  
Su eterna desventura  
María vá á firmar!

CORO.

No, jamás.

CONVIDADOS.

¿Quién es María?

SOLDADOS.

El amor del regimiento  
cantinera la nombró.

CONVIDADOS.

¡Cantinera! ¡qué osadía!

SULPICIO.

Ya el misterio se aclaró.

---

MARÍA.

Con incansable afán de mí cuidaron:  
 todos me dieron paternal amor:  
 acaso de la muerte me salvaron;  
 y hallé á su lado asilo bienhechor:  
 Hija del regimiento, su hija soy,  
 y dichosa y honrada entre ellos voy.

CONVIDADOS.

Su confesion sincera  
 más digna la hace ahora:  
 su voz encantadora  
 ganó mi corazón.

MARÍA.

¡Terrible instante! ¡Situación penosa!

ANTONIO.

¿Vas á firmar?

MARÍA.

Voy á morir.

MARQUESA.

¡Detente!

¡Cese ya tu dolor, serás dichosa!

CORO.

¡Oh Dios! ¿qué intenta hacer?

MARQUESA.

Alza la frente.

No ha de inmolar la vanidad odiosa  
 un alma tan hermosa.

Bendigo de ese amor los tiernos lazos.

Es tu esposo.

CORO.

¿Quién es?

MARQUESA.

Vedle en sus brazos.

SULPICIO.

¡Bravo!

MARÍA.

¡Antonio!

ANTONIO.

¡María!

SULPICIO.

¡Oh! ¡respetable tía!

Si no es causa embarazo,  
daros quisiera un militar abrazo.

CORO.

Guarde el cielo muchos años  
la ventura de los dos.

FIN.



Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 31 de Agosto de 1860.—El Censor interino de Teatros,  
VICENTE BARRANTES.











